

SOBRE CALIDAD Y EQUIDAD

VÍCTOR L. PÉREZ VERA*

LA CALIDAD –LA BUENA CALIDAD, LA ALTA CALIDAD– es vista a menudo como un sello de hacer bien las cosas, y por diversas razones tendemos a asociar eso a muchos recursos, y por qué no decirlo, a privilegios de clase o de grupo. Pero la Universidad de Chile no es aquello, sino todo lo contrario: la identidad de la Universidad de Chile está ligada a los valores de la equidad, la justicia social, la generosidad del conocimiento, el servicio al país, el pluralismo, la transversalidad, la igualdad de oportunidades.

Uno de los valores profundos de la Universidad de Chile está en el hecho de que cuando aquí construimos calidad, estamos construyendo equidad. Cuando nuestra docencia se hace bien y alcanza un alto nivel de calidad, esa calidad se distribuye entre estudiantes de diversos orígenes. En una institución orientada a estudiantes de mayor riqueza, en cambio, la calidad tiene un efecto secundario, quizá no deseado, que es el de hacer más grande la brecha entre los que tienen más y los que tienen menos.

Debemos ser un espacio público de calidad. Las universidades públicas existen en el mundo desarrollado, y prosperan, y cuentan con el apoyo de la sociedad y de los gobiernos, no sólo por su tradición, su tamaño o su complejidad. También están allí porque constituyen una garantía de equidad, de transversalidad, de cohesión social. Porque funcionan bien, y ese adecuado funcionamiento se traduce en mayores grados de libertad y de oportunidades para todos. Porque han resuelto la ecuación calidad-equidad, ecuación que a nosotros nos hace dudar. En su seno, el conocimiento se comparte y distintos grupos sociales aprenden a vivir juntos.

Las buenas universidades públicas son creadoras de espacio público de calidad. Hoy no basta ya con que haya espacios públicos. Las sociedades libres y prósperas se esfuerzan en mantener espacios públicos de calidad. Espacios públicos que no tienen por qué ser monopólicos, y que están allí para garantizar los derechos ciudadanos de las mayorías y de las minorías, para colaborar con todos los segmentos de la sociedad, para articular lo global con lo local, para sostener nuestros valores colectivos a través de las acciones cotidianas.

Es este el mensaje que queremos hacer llegar al país y a sus autoridades, porque entre otras cosas creemos que nuestra sociedad está hoy ante este tema: no sólo en universidades o en educación, también en transportes, obras públicas, salud o previsión la gente no se conforma ya con servicios mínimos y busca decididamente la calidad en los espacios públicos. El contexto, que nos ha sido adverso durante muchos años, ha comenzado a cambiar.

Pero ese cambio de contexto también nos incluye e involucra por el daño que puede causar en la equidad una mala calidad. Si no preparamos una clase, o si la biblioteca no ha comprado los libros que se necesitan, o si las secretarías de estudios programan descuidadamente la toma de ramos, o si subsiste una malla curricular con obsolescencias, o si un estudiante hace una tesis sin emoción alguna, entonces producimos actividad académica de mala calidad, y nos acostumbramos a ella. Y esta mala calidad no afecta tanto a los estudiantes con más recursos, porque ellos disfrutaban de un ambiente familiar más culto o más pudiente y pueden suplir las carencias.

Esa mala calidad perjudica precisamente a aquellos que carecen de medios y se tienen que quedar con una enseñanza mediocre ya que no tienen más opción. Entre nosotros, la mala calidad, ahí donde existe, reproduce las peores inequidades del sistema precisamente dentro del espacio de esta universidad, y eso atenta contra nuestro más profundo sello identitario: estamos aquí para crear conocimiento, para conservarlo y transmitirlo no sólo a quienes tienen más recursos económicos, sino a todos los que tengan las capacidades y la vocación.

*Párrafos relativos a la calidad contenidos en el discurso de inauguración del Año Académico 2007 de la Universidad de Chile.

Hay calidades que por cierto exigen recursos, y en ello estamos trabajando. El debate nacional sobre calidad en la educación tiene que ver, entre otras cosas, con los recursos. Hemos dicho que un gasto público demasiado bajo, como ocurre en Chile, no permite crear espacios públicos de calidad, y ello genera las inequidades que todos conocemos.

Las cifras son contundentes también en educación superior: nuestro sistema público de universidades recibe comparativamente muchísimos menos recursos fiscales que el de los Estados Unidos o que el de cualquier país desarrollado. Insisto, el 10% de los ingresos brutos de Codelco debe dejar de ir a financiar a las fuerzas armadas, debe ir en parte importante a financiar las mejoras en la calidad de las universidades públicas.

Como universidad pública que somos, debemos tomarnos en serio en el tema de la calidad. Como un susurro ronda por ahí a veces la sensación de que la calidad es sólo para otros. Que el contexto en que nos movemos hace inviable cualquier política consistente y sería orientada a este objetivo que debe ser compartido. Así como hemos sido capaces de defender nuestros valores contra adversidades de la más diversa naturaleza, del mismo modo en que nos hemos confundido con la historia nacional por nuestro compromiso y excelencia, así también creo que seremos hoy capaces no sólo de organizarnos y llegar a tener un alto nivel de calidad, sino además de configurar un patrón de calidad propiamente nuestro.

Una calidad que es equidad. Una calidad entendida como consistencia entre lo que decimos y lo que hacemos. Una calidad que surge como expresión de nuestra identidad o de la suma de todas nuestras identidades.

Una calidad que, sin embargo, empieza por lo que cada uno de nosotros hace y se trasluce en los gestos de cada día. Quiero llamarlos a pensar y a conversar sobre la calidad de lo pequeño y sobre las mejoras de calidad que sólo requieren de nuestras propias actitudes: la calidad de la clase bien hecha, la calidad de aquella discusión donde entregamos toda nuestra pasión argumental, la calidad del trámite que se cumple pensando en los usuarios de carne y hueso y no en la burocracia. Necesitamos prestigiar la calidad, y monitorearla en los grandes y en los pequeños indicadores.

En esta universidad, en el contexto en que hoy vivimos, la calidad es equidad. Una mejor Universidad de Chile significa ciertamente un Chile mejor, un país más cívico e integrado, más próspero, más humano y mejor preparado para el futuro.

La calidad de lo que hacemos debe basarse, además, en la claridad de nuestros objetivos, toda vez que ella apunta no sólo a lo que es mejor, sino también a la propia identidad, a lo cualitativo. La institución que no es capaz de marcar con claridad sus objetivos no puede hablar de calidad, porque la calidad es la adecuación de las acciones a los fines. Y nuestra universidad ha marcado nítidamente sus objetivos, y los ha definido y aprobado por amplio consenso en el Senado Universitario, en el horizonte de diez años, expresándolos en ese documento que se llama el Proyecto de Desarrollo Institucional, PDI.

Los seis objetivos estratégicos que allí se señalan apuntan a la calidad: calidad de nuestros académicos y estudiantes, calidad de nuestra investigación, creación y docencia, calidad relacionada con la transversalidad e integridad de la institución, calidad en la interacción con el medio, calidad de gestión. No se trata de retórica: cada objetivo viene seguido de una serie de acciones que se deben desarrollar a fin de que las cosas cambien y nuestros indicadores estén todos ellos en el nivel que corresponde.

Los invito a revisar el PDI, porque allí se han marcado de modo muy detallado qué debe hacer cada académico o académica, cada unidad, cada integrante de esta institución, para moverse hacia los indicadores de calidad que necesitamos.

Mauricio Amster, letras caligrafiadas del libro "Vida del Buscón", de Quevedo, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1945

Quevedo